

Suplemento especial:
Jornadas Interdisciplinarias

¿Qué hacer con E. P. Thompson?

27 y 28 de junio de 2013
Universidad Nacional de Quilmes

Reflexiones en torno a algunos implícitos de la práctica historiográfica de E.P. Thompson

Fernando Manuel Iglesias

Universidad de Buenos Aires

feriglesias@hotmail.com

Damián López

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

damianlopez@gmail.com

En 1963 E. P. Thompson publicó la que todavía hoy es considerada como una obra maestra de la historia social. Innovadora, original y polémica, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*¹ consagró a su autor como uno de los grandes historiadores del siglo XX y provocó una serie de disputas teóricas e historiográficas que aún despiertan interés y que nos invitan a la reflexión. Cincuenta años después esta obra aún conmueve por la amplitud de los datos que ofrece, la profundidad de sus reflexiones, y el virtuosismo de su estilo narrativo.

Formado en el medio intelectual británico, Thompson fue uno de los animadores del grupo

¹ Thompson, E. P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989.

de historiadores del Partido Comunista Británico durante la segunda mitad de la década del 40 y la primera mitad de la década del 50. Fue también parte del éxodo masivo que desangró a ese partido como consecuencia de la invasión soviética a Hungría en 1956, aunque continuó estrechamente ligado a los movimientos de la Nueva Izquierda durante los años 60 y 70. Imagen central del movimiento por el desarme nuclear y por la paz, la suya fue una vida donde la investigación histórica y el activismo político no pueden concebirse en forma separada.

Las críticas que recibió el trabajo de Thompson en las décadas siguientes a su publicación han ocultado parcialmente el contexto historiográfico que dio origen a su obra y la modulación polémica que le imprimió su autor. De esta manera es importante señalar que *La Formación...* vino a presentar sus argumentos tanto contra un tipo de historia económica de corte funcionalista como contra un marxismo especulativo y ahistórico. La mirada imperante en la academia negaba el carácter catastrófico del triunfo del capitalismo basándose unilateralmente en estimaciones económicas y demográficas. Hasta entonces, los estudios sobre la clase obrera se concentraban en lo mensurable, en lo “tangible”: salarios, niveles de vida, sindicatos y huelgas. Thompson daba cuenta, por supuesto, de dichas informaciones (buena parte de su trabajo se asentaba en los datos “duros”), pero enfatizando la incoherencia que implicaba tratar de comparar cuantitativamente datos de distinto tipo sin referencia a la subjetividad social. Por eso mismo, dedicó buena parte de su trabajo a examinar pacientemente las costumbres, las tradiciones, los rituales, las conspiraciones fallidas, las canciones populares. En pocas palabras, intentó recuperar el sentir y las vivencias, las creencias y los objetivos de aquellos que se alzaron contra lo que consideraban la injusticia de su tiempo.

Con ese fin, en su argumentación E. P. Thompson otorgó un papel explicativo central y explícito al concepto de experiencia. En el famoso prefacio de *La formación...* sostenía que la experiencia funciona como mediación entre el ser social y la conciencia, evitando así ese determinismo económico mecánico (aquel que derivaba la emergencia de la clase obrera, inmediatamente, de las condiciones económicas transformadas por la revolución industrial). La clase, aducía allí, no podía comprenderse meramente por el lugar ocupado en la producción, sino que debía concebirse en términos de una formación diacrónica que resultaba de un proceso de articulación cultural de las experiencias históricas, en forma de una identidad opuesta a otras clases. Uno de los principa-

les objetivos del autor era derribar la clásica tópica marxista de base y superestructura, destacando el hecho de que la existencia de un sujeto social como la clase obrera sólo era entendible en la medida en que se produjese precisamente una *subjetivación*, una identidad de clase expresada en la actuación de los agentes que la componen en términos clasistas.

La propuesta desplegada por Thompson en ese libro, y especialmente su utilización del concepto de experiencia y revisión del uso más clásico de clase social, motivó una larga serie de críticas y debates por parte de historiadores y teóricos sociales marxistas. Esas discusiones, que en parte hemos trabajado en un artículo sobre los usos del concepto de experiencia en la historiografía,² mostraron con claridad los límites y contradicciones del modelo defendido por Thompson. Sin embargo, tal como ha sostenido William Sewell,³ resulta paradójico que las dudas sobre la capacidad explicativa de la concepción thompsoniana sobre la conformación de las clases sociales, provengan especialmente de los postulados teóricos explicitados en su prólogo, mientras que, de alguna manera, su obra histórica concreta (las otras mil páginas del libro) nos presenta una suerte de *resolución práctica*, aunque no generalizable en términos teóricos, de la dialéctica entre ser social y conciencia en el caso inglés.

Siguiendo esta perspectiva, en el presente trabajo se intentará dar cuenta de esta paradoja, defendiendo que efectivamente *La formación de la clase obrera en Inglaterra* contiene un complejo trasfondo analítico que permite entrever una práctica historiográfica que elude algunos callejones sin salida a los cuales llevaron las proposiciones teóricas que Thompson formuló explícitamente. Dada la amplitud de este problema y el corto espacio del que disponemos, nos concentraremos en el examen de algunos desarrollos específicos del libro que nos parecen especialmente significativos para dar muestra de la potencia explicativa de una narrativa que excede los argumentos teóricos expuestos en esa obra.

Antes de esto, y a fines de aclarar nuestro punto de partida, quisiéramos dejar constancia de nuestro acuerdo con los principales argumentos establecidos por Sewell en el texto que nombra-

2 López, Damián: “La prueba de la experiencia. Reflexiones en torno al uso del concepto de experiencia en la historiografía reciente”, en *Prismas*, No. 16, 2012, pp. 33-52.

3 Sewell, William: “Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera”, en *Historia Social*, No. 18, 1994, pp.77-100.

mos anteriormente, a propósito de los logros y límites de la principal obra de Thompson. En primer lugar, nos parece muy iluminador su énfasis en que, a distancia de las críticas más comunes a la perspectiva de *La Formación...* Thompson no sería de ningún modo un “culturalista” (lo cual implicaría una suerte de prerrogativa de lo cultural sobre otro tipo de explicaciones), sino más bien un “experencialista” cuya narrativa privilegia el punto de vista de los agentes históricos sobre el del analista armado teóricamente en un sitio externo y superior. Efectivamente, buena parte de la atracción que produce el trabajo historiográfico de Thompson reside en su presentación de los acontecimientos a través del punto de vista de los sujetos que los vivencian.⁴ Su intención es mostrar cómo las estructuras objetivas toman cuerpo en una determinada respuesta subjetiva que contiene tanto elementos cognitivos como valorativos y emocionales. De aquí proviene, precisamente, la centralidad que para el autor adquiere la categoría de experiencia, ya que en su opinión, “por imperfecta que pueda ser, es indispensable para el historiador, ya que incluye la respuesta mental y emocional, ya sea de un individuo o de un grupo social, a una pluralidad de acontecimientos relacionados entre sí o a muchas repeticiones del mismo tipo de acontecimiento”.⁵

En segundo lugar, luego de mostrar cómo la exposición teórica y la defensa explícita de la categoría de experiencia por parte de Thompson lo llevó a claras contradicciones conceptuales, Sewell defiende la existencia implícita de una narrativa histórica que sin embargo expone con indudable maestría las múltiples determinaciones que colaboraron en la emergencia de la clase obrera inglesa entre 1790 y 1832. De esta forma, y a pesar de postulaciones teóricas sumamente problemáticas que no necesariamente condicen con el trabajo expuesto, puede sostenerse que su relato “asume implícitamente no sólo que la base de las relaciones de producción es determinante en último caso, sino también que toda una serie de sistemas culturales, institucionales y políticos relativamente autónomos son sobredeterminantes [y que] en este sentido, su modelo tácito de la tectónica social se halla en realidad muy cercano al de Althusser”.⁶ Por supuesto, como es de esperar, a esta aseveración le sigue una clara diferenciación entre las concepciones de sujeto utilizadas

4 Por otro lado esas estructuras que forman lo social son reconocibles analíticamente en tanto que se presentan como conjuntos discretos de prácticas sociales que forman parte de la experiencia.

5 Thompson, E. P.: *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981, p. 19.

6 Sewell, William, 1994, p. 90.

por Thompson y Althusser. Pero en último término la idea central es que en *La Formación...* se despliega una analítica sociohistórica que incluye, aún sea implícitamente, la composición de conjuntos relacionales y, por tanto —a pesar de todas las diatribas thompsonianas— una concepción estructural de lo social, mucho más compleja que la propuesta en su prólogo y en posteriores disputas teóricas.

Aquí, sin embargo, surge la pregunta sobre qué tipo de “estructuralismo” subtiende la práctica histórica de Thompson. Nos parece importante destacar que el intento por reconstruir un objeto histórico concreto —que es además, como ya dijimos, la constitución de un nuevo sujeto, o un proceso de subjetivación— lo lleva a apartarse de enfoques generalistas y, por eso mismo, abstractos. Esto es, a afinar la observación sobre el hecho de que una diversidad de determinantes operan estableciendo posibilidades y limitaciones, interrelacionándose a su vez en un todo complejo e inestable y que tiende a cambiar con el tiempo.

De esta forma, Thompson reconoce la existencia de configuraciones que cristalizan modalizando determinadas formas de acción y representaciones, y que por tanto adquieren cierto grado de autonomía. Así, por ejemplo, en los capítulos 3 y 4 de su obra trata a las creencias religiosas populares del siglo XVIII, o las tradiciones “subpolíticas” del motín y las ideas sobre los “derechos del inglés libre por nacimiento”, como formaciones ideológicas que juegan un rol central en la “articulación de la experiencia”, destacando su carácter material, en cuanto conllevan a una agencia efectiva (t. I, pp. 39-40).

Estos ejemplos nos presentan una serie de configuraciones específicas (propias de un espacio, tiempo y sectores sociales precisos) que se tensionan y solapan con otras, estableciendo un panorama complejo y lleno de matices. Lejos se está, por tanto, de una indagación basada en utilización de categorías macroestructurales como “la cultura”, “la política” o “la economía” en términos genéricos. Thompson evade una exposición en esos términos, porque llevaría a compartimentar —y en algunos casos, incluso a cosificar— fenómenos sociales que presentan múltiples facetas y sólo analíticamente pueden ser examinados como configuraciones o formaciones relativamente consistentes (ya que en su presentación concreta son plexos integrados). Y hablamos de configuraciones o formaciones, porque esos términos denotan con mayor precisión la intención de incor-

porar el carácter flexible, cambiante y procesual de esas estructuras. En síntesis, se trata de una analítica concentrada en “microestructuras” que se conciben como dadas en el tiempo, y también como múltiples, en relaciones de complementariedad o fricción entre sí, e incluidas en o incluyendo a otras estructuras.

En la conclusión del primer capítulo de *La formación...* Thompson presenta el problema de que hacia fines del siglo XVIII las antiguas tradiciones populares de la multitud, que nombramos anteriormente, se vinculan con un contexto social y político cambiante: “Aquí están las mismas aspiraciones, miedos y tensiones; pero surgen en un nuevo contexto, con un lenguaje y unos argumentos nuevos y un equilibrio de fuerzas distinto. Debemos intentar comprender ambas cosas: las tradiciones que continúan y el contexto que ha cambiado” (t. I, p.11). El planteamiento destaca el hecho de que tradiciones y contexto componen dos instancias relativamente autónomas que no se adecuan inmediatamente entre sí. Esto es, que existe una interrelación entre ambas, pero que la misma se da en términos desfasados. La importancia de tomar en cuenta la perduración de las tradiciones consiste, como es bien sabido, en la centralidad que las mismas tienen en la modelación de una determinada mirada sobre lo social y lo político por parte de los trabajadores. Desde este punto de vista, Thompson enfatiza que la respuesta subjetiva de ese sector social a los cambios que se producen se ven determinados por formas de inteligibilidad ligadas a esas tradiciones populares. Al mismo tiempo, el comienzo de la cita muestra que Thompson también se preocupa por evaluar cómo esas mismas formas de inteligibilidad cambian —aunque a un ritmo diferente⁷— en la medida en que se producen transformaciones sociales. En conclusión, las tradiciones populares son parte de una configuración ideológica o cultural a través de la cual se produce la percepción de lo social, algo así como los canales que posibilitan —y a la vez limitan— el entendimiento; al mismo tiempo, esa configuración cultural e ideológica se modifica, en un proceso complejo, debido a las presiones ejercidas por la emergencia de nuevas situaciones para las cuales el andamiaje intelectual anterior deja de ofrecer respuestas convincentes.

Esto último implica que las configuraciones ideológicas no pueden ser consideradas como

7 Aquí se observa nuevamente la similitud con el concepto de temporalidades diferenciales de las instancias que propone Althusser en su trabajo teórico.

unidades monolíticas y permanentes sino que deben serlo como instancias interrelacionadas y variables, influidas a su vez en forma permanente por diversos procesos sociales que las condicionan, dando lugar a respuestas por parte de los sujetos sociales frente a esos cambios y estímulos. Nótese, por otra parte, que los procesos sociales no pueden ser —para no recaer en una visión economicista y en la oposición binaria entre base y superestructura— datos absolutamente externos a esas formas de entendimiento, y por eso Thompson otorga un papel fundamental al concepto de experiencia (el cual intentaría dar cuenta de cómo esos datos componen *situaciones* sociales en cuanto se vinculan a determinadas formaciones intelectivas y emocionales de los agentes).

Ahora bien, llegados a este punto, quisiéramos señalar que todo este planteamiento carecería de sentido si no existiese una diferenciación y fricción entre intelección y situación social. Si bien para Thompson las formas de intelección cumplen una función determinante, desde ningún punto de vista dan una respuesta acabada sobre la formación de la clase. De aquí proviene, por ejemplo, la crítica al énfasis unilateral dado por Raymond Williams a las ideas alternativas de la cultura obrera inglesa, ya que, “las ideas como las instituciones surgieron en respuesta a ciertas experiencias comunes” (t. I, p. 470)⁸. Esas experiencias, al mismo tiempo, modalizaron en términos clasistas la recepción de determinados mensajes ideológicos, como en el caso del metodismo (problema analizado en el cap. 11): “Ninguna ideología es completamente absorbida por sus partidarios; en la práctica, cede de cien formas diferentes bajo la crítica del estímulo y la experiencia: la comunidad obrera inyectó sus propios valores de ayuda mutua, buena vecindad y solidaridad en los templos” (t. I, pp. 436-437).⁹

Thompson intenta, de esta manera, analizar la forma en que determinados elementos ideológicos fueron apropiados de acuerdo a su capacidad para dar respuestas a la situación de los trabajadores. Así, por ejemplo, muestra cómo el radicalismo, con su énfasis en la independencia económica y con su hostilidad romántica al sistema fabril en su crítica del presente “no podía ser representativo de la difícil situación de los obreros fabriles”. Sólo en la década de 1820, a partir de la

8 La crítica va dirigida a los argumentos esgrimidos por Raymond Williams en *Cultura y sociedad, 1780-1950. De Coleridge a Orwell*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001.

9 De allí que el metodismo haya cumplido, desde el punto de vista de las clases trabajadoras, algo más que un papel de disciplinamiento y limitante de las tradiciones populares democráticas y antiautoritarias, destacando Thompson que también posibilitó el desarrollo de ciertos tipos de disidencia.

confluencia con el owenismo y el sindicalismo, pudo el radicalismo adecuarse a la experiencia de los hilanderos. Hasta entonces el desfase entre su discurso y la vivencia de los obreros se mantuvo, por lo que “el principal canal para la energía de los obreros fabriles de 1816-1820 se encontraba en sus propias *trade unions*” (t. II, p. 236).

A su vez, y en dirección opuesta, Thompson también reconoce cómo esos elementos ideológicos dan lugar a formas singulares de visualizar y vivenciar esas situaciones: “Mi objetivo es ilustrar, en uno o dos aspectos, de qué forma la teoría afectó la experiencia de la clase obrera y de qué forma se seleccionaron y cambiaron las nuevas ideas en este proceso” (t. II, p. 391, n. 111).

De tal modo, en el análisis de la fricción resultante entre la intelección y el entorno social no sólo hay lugar para el relevamiento de la conciencia obrera “realmente existente” sino la posibilidad de una imaginación histórica puesta al servicio de la comprensión de un proceso formativo complejo donde se descubre la tensión entre la estructura social, la vivencia y el pensamiento. En el tejido de dicha tensión aparecen las distintas formas en que el intelecto de los sujetos trata de dar cuenta de lo social, y las variadas modalidades en que se producen intercambios y mediaciones culturales, intelectuales y políticas entre distintas fracciones de clase y entre distintas clases sociales, como por ejemplo los intelectuales de clase media, la aristocracia, o la burguesía.¹⁰

En esa dialéctica con la estructura social Thompson reconoce y analiza la acción de agentes sociales que, en la forma de vanguardias políticas y culturales, le imprimieron, con posibilidades y límites, una dinámica a la protesta política que de otra forma habría sido muy diferente, ya que

es absurdo argumentar que, como la mayoría de los marineros tenían pocas ideas políticas claras, este fue un asunto circunscripto a las galletas del barco y a los atrasos de paga, y no un movimiento revolucionario. Esto es confundir la naturaleza de las crisis revolucionarias populares, que surgen precisamente de este tipo de conjunción entre los agravios de la mayoría y las aspiraciones articuladas por parte de una minoría con conciencia política (t. I, p. 173).

Así, la actividad de una vanguardia política se nos presenta, no como una especulación teórica de lo que debería ser, sino como acción histórica concreta, mostrando los modos de adecuación que dichos discursos encontraban en la experiencia vivida por las clases populares, de modo

10 Cuestión a la que Thompson dedica abundantes páginas (especialmente en los capítulos 15 y 16), y conforma parte nodal de su libro.

que éstas pudieran incorporarlos en un proceso creativo de representación de lo social.

El rescate de la tradición romántica y de los radicales ingleses no impide, en la narrativa thompsoniana, una distinción (contrariamente a lo que se ha sostenido muchas veces) entre los límites y las posibilidades de los programas políticos y de las ideologías de la época. Nuestro autor muestra cómo la fe en las instituciones representativas, la confianza en la razón y la “creencia de que el Hombre si no fuera corrompido por los gobiernos, es, por naturaleza, el amigo del Hombre...” se expandieron en el radicalismo de la clase obrera en formación, por más que la predicación de Paine y otros radicales no estuviera dirigida exclusivamente a la población obrera. Estas doctrinas no ponían en cuestión ni la propiedad privada de los ricos, ni las doctrinas del libre mercado y, aunque en lo referente a la política deseaban la eliminación de los privilegios, “no contemplaba[n] la igualación económica” (t. I, p. 93). Si bien hubo momentos álgidos de agitación, la mayor tradición radical obrera mantuvo intactos los supuestos tomados de las formulaciones de Paine. Por muy fuerte que fuera la impugnación a la aristocracia (que se entroncaba con la historia de lucha antifeudal de la multitud inglesa) “el capital industrial se consideraba como el fruto de una empresa y, por consiguiente, fuera de la intervención política” (t. I, p. 93). Al señalar que el radicalismo obrero permaneció “paralizado” dentro de este marco, por lo menos hasta la década de 1880, Thompson ofrece un modelo crítico y no meramente descriptivo de prácticas sociales que no cuestionaban los fundamentos de la estructura social, pero que lo modificaban con su accionar.¹¹

En esta tensión permanente, Thompson pudo entender que la especificidad de la subjetividad obrera estuvo determinada también por la configuración peculiar que adquirió la sociedad inglesa durante los años de guerra de fines del siglo XVIII, en un marco de desarrollo desigual y combinado.¹² El impulso radical pudo ser controlado y la represión ejercida por el Estado y por las clases dominantes “se manifestó en todos los aspectos de la vida social”.¹³ En Inglaterra el auge de

11 Para que esta reflexión crítica sea posible debe existir un ejercicio reflexivo que excede la apreciación subjetiva de los actores del drama histórico.

12 Entre otros lugares donde Thompson critica versiones simplificadas del desarrollo industrial, destaca la argumentación sobre el aumento del peso numérico de los tejedores bajo formas de producción “atrasadas” (trabajo en telar manual), al menos hasta 1830. Véase capítulo 9 (“Los tejedores”).

13 “En las décadas posteriores a 1795 hubo un profundo alejamiento entre clases en Inglaterra, y la población obrera

la represión coincidió con el periodo de mayor desarrollo económico asociado a la Revolución Industrial, por lo que “a medida que avanzaban las nuevas técnicas y formas de organización los derechos políticos y sociales retrocedían” (t. I, p. 184). Se frustró así la alianza, concebida por cierta teoría como natural, entre una burguesía descontenta de ideas radicales y un proletariado en formación.¹⁴

La atención que Thompson brindó a aspectos del proceso histórico tales como la “cultura” y la “experiencia”, aun dejando legítimas áreas teóricas sin resolver, no oculta que *La Formación...* permitió iluminar sectores de la vida obrera que estaban siendo ignoradas o habían sido mal comprendidas por la historiografía. A la vez su trabajo no caía en una parcelación de la investigación histórica que sería tan común en las décadas siguientes, porque más allá de su enfoque y de su objetivo Thompson no ignoraba el contexto económico estructural y abordaba la comprensión política incluyendo las reciprocidades entre el Estado y la formación de clase. El prisma de la experiencia mostraba toda una gama de colores de lo social que puestos en relación con lo objetivo y lo subjetivo permitían ver las particularidades de este proceso. Buena parte de la conciencia de clase se había modelado con una presión desde arriba, como fruto de la persecución y la represión estatal que, como señala Thompson, abarcaba desde las agitaciones jacobinas de la década de 1790 a “las amenazas clandestinas de los primeros años del siglo XIX que culminaron en Peterloo”.

Los análisis relevados muestran, a nuestro entender, que para Thompson no es deseable ni posible un modelo universalizable de formación de clase. Un análisis histórico sutil lleva a observar importantes niveles de problematización en las interrelaciones entre las estructuras analíticamente consideradas y las acciones y representaciones sociales que no pueden reducirse a un único

se vio empujada a una situación de *apartheid* cuyos efectos —en los detalles de discriminación social y educativa— pueden percibirse hasta nuestros días. Inglaterra se diferenció de otras naciones europeas en lo siguiente: que la pleamar del sentimiento contrarrevolucionario y la disciplina coincidieron con la pleamar de la Revolución industrial; a medida que avanzaban las nuevas técnicas y formas de organización industrial, los derechos políticos y sociales retrocedían. La alianza “natural” entre la incipiente burguesía industrial de ideas radicales y un proletariado en configuración se rompió tan pronto como se formó” (t. I, p. 184).

14 De esta manera la obra de Thompson también puede ser leída como un intento por explicar el fracaso de la revolución en Inglaterra del siglo XVIII y XIX. Afirma que “Si en Inglaterra no hubo revolución en la década de 1790, no fue debido al metodismo, sino a que la alianza que hubiese tenido suficiente fuerza para hacerlo se desintegró; después de 1792 no hubieron girondinos que abriesen las puertas por las que pudieran entrar los jacobinos” (t. I, p. 184).

patrón. El logro de su narración es que puede presentar la formación de una clase en términos de una respuesta desde el punto de vista de quienes lo vivieron, como resultado de una dialéctica entre una historia previa y las acciones de sus protagonistas. Por ello es intrínseca a ese proceso histórico y no admite generalizaciones abusivas.